

hasta las heces. Sí, para el sacerdote que comprende y cumple su misión, nuestra época es todavía el tiempo de los mártires.

Y para el cura de aldea, sobre todo, es para quien el sacerdocio tiene corona de espinas, para quien es más ardua la obligación y más pesada la cruz.

El Cura de aldea no tiene niñez; desde sus más tiernos años, los austeros estudios del Seminario comprimen los impacientes raptos de su corazón infantil, sus inocentes caprichos, sus puras alegrías. No tiene juventud, y si conoce á veces las angustias de las impetuosas pasiones, siempre ignora sus placeres, y las estudia únicamente para apreciar sus peligros y para combatirlas. Pero cuando ha recibido la investidura de su humilde reino; cuando separado de sus colegas cuyo contacto estimula su emulación, arrebatado á las luchas teológicas que le aguerrian, y lejos de las ciudades donde las almas inteligentes son numerosas, y donde la palabra santa puede ser comprendida; cuando apartado de todas estas cosas se halla solo entre incultos campesinos, cuyo lenguaje es apenas inteligible para él, ¡oh! entonces sí que debe erguirse vigorosamente y armarse de un valor á toda prueba, de una fe viva, de una ardiente caridad, de una esperanza invencible.

¡Solo! ¡Ah! muy cruel es la soledad para un alma cristiana que, aunque adornada de las verdaderas virtudes, tiene á veces sus momentos de debilidad y desaliento.

Apartado de la sociedad; privado de los puros goces de la familia que ha trocado por los arduos deberes de oscuras funciones, cuyo ejercicio repugna á veces á los sentidos; arrastrando una existencia miserable y sin poder atender á las necesidades más apremiantes de la vida; inconsiderado de sus mismos compañeros más favorecidos por la suerte; en lucha abierta con la ignorancia y la ingratitud de seres incapaces de apreciar sus favores y de reconocer sus beneficios, tal vez sea un sabio, pero como la tierra en donde siembra la hermosa semilla de su ciencia es casi estéril raras veces fructifica, y, como consecuencia inmediata, el Cura de aldea raras veces medra. Tal vez sea un santo, pero sus virtudes permanecerán escondidas como la violeta entre las espinas.

Junto al lecho de los enfermos, muchas veces es el médico del alma y del cuerpo. Si sobreviene una epidemia, empiezan para él